

-Vivencia 01-

Vivencia Académica – FCM-UNA

Seudónimo: "Entre Formol y Apuntes"

*Entrar a la Facultad de Ciencias Médicas de la UNA fue aceptar, desde el inicio, que el aprendizaje no iba a ser cómodo ni lineal. Medicina no empezó con seguridad, empezó con dudas, cansancio y la sensación constante de estar intentando alcanzar algo casi imposible.*

*Recuerdo especialmente los días previos a los parciales de anatomía. Pasaba horas en la morgue. Salía con el olor a formol impregnado en la ropa. En ese momento no pensaba demasiado, pero hoy entiendo que era parte del proceso, convivir con lo exigente e incómodo.*

*Después de salir de la morgue, muchas veces tenía clase de microscopía en histología. El contraste era casi irónico. El aula estaba justo encima de la morgue, por lo que, cuando el formol estaba más intenso, el olor llegaba fácilmente hasta arriba. En una de esas clases, un doctor entró al aula, hizo una pausa y comentó: "Qué fuerte está el olor a formol acá". Yo me quedé completamente tiesa. Sabía perfectamente de dónde venía ese olor. Aunque él lo atribuía al ambiente, en realidad el olor venía de mí, de horas previas en la morgue. Sentí una mezcla de vergüenza y gracia, como si de alguna manera me hubieran delatado sin nombrarme. Terminé riéndome en silencio de la situación.*

*Antes de los exámenes, no podía dormir bien. Literalmente soñaba con el ciclo de Krebs para bioquímica, por ejemplo. Era como si el cerebro siguiera estudiando incluso cuando yo ya no podía más. Y no fue algo pasajero: hasta ahora me sigue pasando. Con fisiología, por ejemplo, me encuentro soñando cómo funciona el corazón, cómo se regula la presión o cómo actúan el sistema simpático y parasimpático. Es como si, incluso dormida, siguiera intentando entender. Durante el día intentaba no escuchar demasiado a los compañeros ni repasar en exceso, porque sentía que me confundía más de lo que me ayudaba.*

*El estudio no siempre era perfecto ni ordenado. En el parcial, el nerviosismo jugaba en contra. Aun así, entre estrés y presión, seguía avanzando. Y contra lo que yo misma esperaba, aprobé.*

*Después de los exámenes, venía otro momento particular, comparar respuestas. Este año, por ejemplo, me pasó algo muy puntual con una amiga. Revisamos una matriz y parecía que no coincidíamos en casi nada. Nada estaba igual. En ese momento, la sensación fue de confusión total, como si alguna de las dos hubiera hecho todo mal. Sin embargo, cuando salieron las notas, las dos habíamos obtenido buenos puntajes. Después entendimos lo que había pasado: en una fila yo tenía la mayoría de las respuestas bien y ella mal, y en otra fila ocurría lo contrario. No era que una sabía todo y la otra nada, sino que cada una había fallado y acertado en lugares distintos. Fue una forma clara de entender que el rendimiento no siempre es tan lineal como uno cree en el momento.*

*En el examen no me pasa quedarme en blanco, sino que siento que entro en mi propio mundo. Es como si me aislara de todo lo que pasa alrededor. Me muevo mucho, hablo conmigo misma sin*

*Vivencias de nuestra comunidad académica.  
Universidad Nacional de Asunción - Facultad de Ciencias Médicas.*

*emitir sonido. De hecho, varias veces los docentes me miran porque parece que estoy soplando a alguien, pero en realidad es que no me quedo quieta.*

*Las exposiciones al principio también me costaban bastante. Sentía que no iba a acordarme de nada, que me iba a quedar en blanco frente a todos. Pero con el tiempo me fui acostumbrando y dejando de sentir ese miedo tan intenso.*

*Pero no todo era agotamiento. También había momentos de compañía que hacían el proceso más llevadero. Me juntaba a estudiar con amigas en la casa de una de ellas. Era una mezcla de muchas emociones: risas, llanto y todo junto. Nos reíamos, hablábamos de la vida, nos desesperábamos por momentos y después volvíamos a estudiar. Entendí que no estaba sola en este camino.*

*Además, la facultad me dio amistades muy buenas. Personas con las que compartí el cansancio, los nervios antes de los exámenes y también los pequeños logros. Vínculos que se formaron en medio del estrés, pero que se volvieron parte importante de esta etapa.*

*La vida en la facultad fue eso: una mezcla constante de emociones. Estrés, cansancio, humor, compañerismo, miedo y satisfacción conviviendo al mismo tiempo.*

*Con el tiempo entendí que la FCM-UNA no solo enseña medicina, sino también resistencia. No se trata solo de memorizar estructuras o aprobar parciales, sino de aprender a seguir incluso cuando uno duda de sí mismo. Hoy miro atrás y veo más que una etapa académica. Veo una experiencia que me transformó y me exigió más de lo que creía poder dar. Y en medio de todo eso entendí algo simple: sobrevivir a Medicina también es una forma de aprenderla.*

**-Vivencia 02-**

**Seudónimo: "Cat Lovegood".**

*Era una mañana normal y tranquila en el pabellón quirúrgico de urgencias. Los licenciados estaban organizando los quirófanos y ajustando cada detalle para estar preparados ante cualquier eventualidad.*

*Alrededor de las diez de la mañana ingresó un caso de reintervención: un niño de once años con una condición médica muy compleja. En la intervención se le debían realizar dos procedimientos. Sin embargo, como pasa con muchos pacientes, la familia no contaba con los recursos suficientes para cubrir todos los insumos necesarios. Faltaban materiales y los familiares no tenían la posibilidad de costearlos.*

*La situación se hizo conocida entre los doctores y licenciados. Sin dudar todos se movilizaron para conseguir lo que faltaba. Algunos aportaron de su propio bolsillo, otros gestionaron recursos disponibles, entre todos lograron reunir lo necesario para que el procedimiento pudiera llevarse a cabo.*

*La cirugía se realizó sin contratiempos, los procedimientos fueron exitosos y el niño salió del quirófano en buen estado. Se le hizo un seguimiento cercano durante las semanas posteriores, y finalmente pudo regresar a su casa, recuperado y acompañado de su familia.*

*Esa experiencia fue la primera vez en la que pude presenciar de manera tan clara la unión y vocación de todo el equipo de salud. Sin embargo, no fue la única ocasión: cada vez que surgen casos similares, la respuesta es la misma. Médicos, licenciados y personal de apoyo se unen con un objetivo común: garantizar el bienestar del paciente.*

*Estas vivencias refuerzan la calidad humana y profesional de quienes trabajan en el área. Dejan en evidencia que la prioridad siempre es el paciente, incluso si eso implica aportar recursos propios para que no falte nada. La solidaridad, el compromiso y la vocación de servicio se convierten en pilares fundamentales que sostienen la labor diaria en el quirófano de urgencias.*

*En definitiva, lo que comenzó como una mañana tranquila se transformó en un ejemplo de entrega y humanidad. Una muestra de que, más allá de la técnica y la ciencia, la medicina se construye también con empatía, colaboración y un profundo sentido de responsabilidad hacia quienes más lo necesitan.*

-Vivencia 03-

Seudónimo: "Nay Nox".

Uno nunca olvida la emoción y el miedo que siente al hacer cosas nuevas, en especial, cuando estamos en el área de la salud, apenas estoy en el 2do año de la carrera de Instrumentación y Área Quirúrgica y todo es un mundo nuevo para mí...un mundo el cual estoy ansiosa, asustada y sobre todo, emocionada de conocer, nadie te prepara al cien por ciento para todo lo que tienes que hacer, te dicen que hacer y cómo hacerlo pero la teoría y la práctica son diferentes.

Escucho voces de la experiencia que me aconsejan y me alivian la existencia, voces cálidas con un toque de ternura pero a la vez firmes y duras, capaz de enseñarte pero no agobiarte, así siento que son mis profesoras, en cada clase nos enseñan algo nuevo, en especial la profe de enfermería, desde el primer momento nos dijo que nos hablaría con la realidad del ámbito hospitalario, es una persona firme, amable y nos trata con ternura, pero, nos da la dosis de realidad que todos necesitamos a veces, algo que admiro mucho de ella.

La primera vez que entré a simulación de Quirófano escuché la experiencia de una estudiante de último año, algo que necesitaba escuchar en ese entonces, "No todo lo que te dicen en el quirófano es personal" allí pueden pasar muchas cosas que influyen en el trato hacia los demás.

Nadie te prepara para el momento en que dejas de ser solo estudiante y empiezas a sentirte responsable de lo que haces. Para mí ese momento empezó en una sala de simulación, con las manos cubiertas de guantes y la cabeza llena de dudas.

Ajusté el uniforme, me calcé los guantes y respiré hondo, no porque estuviera lista, sino porque no tenía otra opción, ese momento me parecía tan irreal, fui la primera en pasar sola a hacer la demostración con mi compañera, el uniforme pesaba y me sentía importante, tenía miedo a equivocarme, a que alguien lo notara, a que todos lo notaran, pero obvio al ser la primera vez, claro que me equivoqué en algunas cosas, tuve que pedir ayuda y explicación, pero no era nada malo, me di cuenta que todos estábamos así, y le agradezco a la licenciada de ese día por estar sola y aun así enseñarnos a todo nuestro grupo, su buena actitud hizo que todo sea más ligero, me sentí satisfecha con lo aprendido, y salí feliz de la sala de simulación ese día.

A veces entre nosotros pensamos si lograremos aprender todo lo que necesitamos este año, tenemos poco tiempo y mil cosas que hacer, este año es todo lo contrario a lo que fue el primer año, donde todo era tranquilo, mi única preocupación era pasar fisiología, ahora tengo el doble de responsabilidades, pero por suerte también tengo mi red de apoyo, que no me dejan sola, tengo a gente que es capaz de enseñarme, escucharme y aconsejarme, desde que empezó el año escucho a varios profesionales decir que también tienen miedo y preocupaciones, eso me hace sentir que no soy la única con esos pensamientos, siempre hay manera de salir adelante, aunque no te sientas listo, puedes seguir. Paso a paso las cosas comienzan a acomodarse, espero y esto quede como un recordatorio a mí misma y a todos los que lean esta experiencia, a veces, avanzar es suficiente.

-Vivencia 04-

**Corazón de clavel.**

Seudónimo: "La chica del clavel".

*Una flor no pudo parecerse más a una persona, una realidad: es su belleza perenne la de vivir despeinada y permanecer hermosa, antes que nada, por su valor, más que por su perfume o su vestidura.*

*El valor de uno realmente no está en aquello que vemos, sino en el sacrificio que las personas hacen en silencio; y aunque no haya testigos que las comprendan, esas personas valen mucho. Aun si la vida es perenne, se esfuerzan por dar su sangre en el esfuerzo diario; y yo soy fiel testigo de muchas de ellas. En silencio y anonimato les digo que sus corazones son esa flor de "clavel rojo": valientes que pisan en terreno árido, lleno de desafíos.*

*Un día en que no me sentía muy bien, decidí observar a mis compañeros y el entorno del hospital. Era uno de esos días en que uno prefiere estar solo, pero fue lo último que hice. En muchos momentos sonreí, me inspiré y en otros quise llorar. Ese día vi a mis compañeros bromeando y riendo mientras estudiaban, unos más preocupados que otros, pero todos con el objetivo de formarse. Vi y escuché a algunos mencionar sus pocas horas de sueño, a veces por la realidad de cada hogar y, en otras, por estudiar hasta no poder más. Debo decir que, como delegada de mi curso, ha sido un honor ayudar en lo que podía para aliviar el peso de a veces no saber a quién recurrir.*

*Al recorrer el hospital, vi a los docentes llegando a su límite sin dejar de dar lo mejor de sí, de turno en turno; muchos sin conseguir cumplir con su papel con paciencia y otros que exceden mi comprensión por su bondad. Ese día vi a las personas internadas, algunos acompañados y otros en silencio. Vi a niños corriendo alegres sin saber que les esperaba una vacuna algo dolorosa, pero necesaria. Vi a madres firmes en su fe, con los ojos fijos en el cielo, y otros en los santos que acogen a los recién llegados. Otros andaban con pasos largos y rápidos, ya con los ojos en el cielo, sintiendo el calor del sol y la suavidad del viento, que era el único testigo de mi silencio. Pensé en cómo todos luchan de diferentes maneras, pues velar por la vida es dar sangre y sudor: son sueños por cumplir, metas que alcanzar y una necesidad de buscar el sentido, desesperadamente en muchas ocasiones...*

*Ese día recordé que la vida tiene sentido por sí misma, no importa si uno sufre o se encuentra feliz. Yo, sin siquiera conocer el 30 % de las personas que vi, y sin interactuar casi con ellas, he vuelto a la realidad: hay que celar por la "vida", pues lo vale. Y aunque uno esté en su abismo, aunque estemos en nuestro mundo, casi con la mente en la luna, la vida tiene su valor irremplazable, pues, aunque no lo sepamos, hacemos bien: marcamos, creamos historia, enseñamos, luchamos, alegramos, inspiramos y damos vida a quien está por perderla.*

-Vivencia 05-

**Sobrevivir a cuarto año: Cuando la verdadera prueba no estaba en los libros**

Por: Elizabeth Castillo.

*El cuarto año en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Asunción es, en la memoria colectiva de cualquier estudiante, un punto de inflexión. La exigencia académica se dispara, empieza el contacto con los pacientes y todo lo que antes era teoría, empieza a tomar forma. Sin embargo, para mí, ese año se transformó en un campo de batalla donde la medicina y la vida personal colisionaron de la manera más dolorosa posible.*

*Fue un periodo emocionalmente devastador. Mi mundo se detuvo el día que mi padre sufrió un Accidente Cerebrovascular (ACV) que lo dejó debatiéndose en una delgada línea entre la vida y la muerte. De repente, las patologías que estudiaba en los libros cobraron una realidad aterradora en mi propio hogar. El impacto de esta tragedia no vino solo; desencadenó una tormenta familiar que arrastró a mi hermano, quien es también mi mejor amigo. Verlo atravesar por problemas de salud mental tan complejos, sumido en la angustia por nuestro padre, con una impotencia que me partía el alma a diario. Para colmar este escenario de desesperanza, tuve que enfrentar la ruptura de un vínculo romántico que había sido un pilar muy importante en mi vida por muchos años. Me encontré de pie en medio de los escombros de mi estabilidad emocional.*

*Sentía que ya no tenía fuerzas para nada. La idea de abandonar la carrera dejó de ser un miedo irracional para convertirse en un plan de escape constante. ¿Cómo podía concentrarme en salvar vidas en el futuro cuando sentía que la mía se desmoronaba en el presente? Estuve a punto de rendirme. Fue en ese abismo donde descubrí que la facultad no solo me estaba formando médicamente, sino que me había regalado a mi verdadera red de salvación: mis amigos.*

*A pesar de que yo no quería hablar sobre nada de lo que me estaba aconteciendo en ese momento, ellos se negaron a dejarme caer, sin pedirme explicaciones. Cuando la tristeza me paralizaba, venían a buscarme. Me llevaban a sus casas, me obligaban a abrir los libros, estudiaban conmigo y, lo más importante, me sacaban de mi encierro mental para distraerme cuando el dolor era insoportable. Gracias a ese empuje inquebrantable, fui a rendir. Contra todo pronóstico, pasé todos los primeros exámenes de manera gloriosa.*

*Pero aún faltaba el obstáculo más grande, el coloso de cuarto año: la temida Farmacología.*

*Llegué a la víspera de ese examen con un cansancio físico y emocional sin comparación. Era una prueba oral, conocida por ser larguísima y depender de un extenso bolillero donde la suerte y la memoria juegan a la ruleta. Apenas había logrado terminar de leer el programa, no tuve tiempo de repasar absolutamente nada. La lógica y el agotamiento me decían que no debía presentarme; sentía que iba a ir directamente al matadero académico. Había decidido no rendir. Era el fin de mi racha.*

*Pero esa noche, mi madre entró a mi habitación. Se sentó a mi lado, en medio de mis apuntes desordenados y mi ansiedad palpable. Llevaba su Biblia en las manos. La abrió con una serenidad*

*Vivencias de nuestra comunidad académica.  
Universidad Nacional de Asunción - Facultad de Ciencias Médicas.*

*que contrastaba con mi caos interno, me miró a los ojos y me dijo con absoluta firmeza: "Vamos a leer el salmo de la victoria, porque eso es lo que te espera a partir de ahora".*

*No sé qué se activó en mí en ese instante, pero algo en el ambiente cambió. Al día siguiente, caminé hacia la facultad con mucho miedo, sintiendo el peso del estrés en el estómago, pero al mismo tiempo, albergaba una rara e inexplicable convicción de que todo iba a salir bien. Era una paz ilógica que no sabía cómo explicar.*

*Llegó mi turno. Entré al aula, respiré hondo y metí la mano para sacar las bolillas. Cuando leí los temas, no lo podía creer: eran exactamente los temas que dominaba, aquellos que se habían quedado grabados en mi mente a pesar del cansancio. Defendí mi examen con seguridad y fluidez, aprobando Farmacología con una calificación excelente.*

*Ese cuarto año me enseñó sobre medicamentos y dosis, pero, sobre todo, me enseñó que la verdadera sanación a veces viene en forma de amigos que no te sueltan la mano, de una madre que, en la hora más oscura, decreta una victoria que termina por volverse realidad y por supuesto de un ser superior que todo lo mira y siempre está ahí, aunque no lo parezca.*

-Vivencia 06-

**Después de la última guardia**

Seudónimo: "Cirujano".

*Hay una última guardia que nadie señala.*

*No está en el cronograma, no tiene fecha escrita en ningún pizarrón, no se comenta en los pasillos. Simplemente ocurre. Y cuando pasa, uno ya no vuelve a ser residente.*

*Ese día no suena distinto el despertador. No hay música épica ni despedidas largas. El hospital es el mismo: los mismos pasillos, las mismas luces frías, el mismo olor que mezcla café con cansancio. Pero algo cambia. Es casi imperceptible al principio, como un hilo que se corta en silencio.*

*Durante años aprendimos a habitar ese mundo contenido, exigente, feroz y, sin embargo, protegido. Un mundo donde el error dolía, pero enseñaba; donde el miedo existía, pero se compartía; donde cada decisión encontraba, en algún punto, una red.*

*La residencia era eso: una cuerda tensa, pero sostenida.*

*Y de pronto, la cuerda desaparece. Afuera no hay red.*

*Hay un espacio abierto, inmenso, donde el conocimiento deja de ser un ejercicio supervisado y se convierte en destino. Donde cada decisión no solo importa: pesa. Pesa distinto. Pesa en la mirada del paciente que espera, en el silencio de un consultorio, en la firma que ya no es parte de un equipo sino una declaración individual.*

*El primer día afuera no tiene nada de heroico. Tiene dudas.*

*Tiene un pulso apenas más acelerado al tomar una decisión que antes hubiera sido compartida. Tiene una pausa más larga antes de hablar. Tiene una conciencia nueva, casi incómoda, de que nadie va a venir a corregir lo que uno diga después.*

*Y entonces aparece la soledad. No una soledad física —porque siempre hay colegas, siempre hay gente alrededor— sino una soledad profunda, íntima, que nace de entender que el acto médico, en su núcleo más esencial, es un acto personal. Irrepetible. Propio.*

*Pero en esa misma soledad también hay algo que empieza a encenderse. Una forma distinta de libertad.*

*Porque ya no se trata de cumplir, ni de responder, ni de demostrar. Se trata de decidir. De elegir. De hacerse cargo. Y en ese hacerse cargo, la medicina deja de ser solo lo que nos enseñaron y empieza a ser lo que somos capaces de construir con eso.*

*Recuerdo —o tal vez todos recordamos— ese primer paciente atendido sin el respaldo explícito de la residencia. No era el más complejo, ni el más desafiante. Pero fue distinto. Porque en ese instante no había un "nosotros" implícito detrás de la decisión. Había un "yo". Y ese "yo" pesa.*

*Pesa con todo lo aprendido, con todos los errores, con cada noche sin dormir, con cada enseñanza recibida casi al borde del agotamiento. Pesa con la historia que uno trae y con la que empieza a escribir.*

*Ahí se entiende algo que durante la residencia apenas intuíamos: que el verdadero aprendizaje no termina cuando se cierra una etapa, sino cuando desaparece la obligación de aprender. Afuera, nadie controla si estudiamos. Nadie exige actualización. Nadie evalúa.*

*Y sin embargo, todo depende de eso. Porque la medicina, sin esa disciplina silenciosa, sin esa voluntad de seguir creciendo, se vuelve peligrosa. Y el compromiso deja de ser académico para convertirse en ético. Profundamente ético. Y en esos momentos, uno entiende que no está completamente solo.*

*Que la residencia no termina: se transforma. Se vuelve memoria, reflejo, intuición. Se convierte en una voz interna que guía incluso cuando no la nombramos. En cada indicación, en cada duda, en cada acierto.*

*Aun así, hay una verdad que permanece: Nadie puede transitar este camino por nosotros. Y eso, lejos de ser una condena, es una responsabilidad que nos define. Cuando termina la residencia, no salimos al mundo como médicos terminados. Salimos como médicos en construcción.*

*El mundo afuera no es un lugar más duro: es un lugar más honesto. No hay estructuras que nos sostengan, pero tampoco límites que nos definan. Y en ese espacio, cada decisión, cada estudio, cada acto, depende únicamente de nosotros.*

*Van a sentir miedo. Van a dudar. Van a equivocarse. Pero si algo dejó la residencia, no fue solo conocimiento.*

*Dejó criterio. Dejó valores. Dejó la capacidad de seguir aprendiendo incluso cuando nadie lo exige. Por eso, más que confiar en todo lo que aprendimos, hay que confiar en algo más profundo: en la capacidad de seguir aprendiendo cuando ya no es obligatorio.*

*Porque la formación no termina cuando dejamos la facultad. Empieza, de verdad, cuando ya no depende de nadie más que de nosotros.*

-Vivencia 07-

**Entre el puntaje, el puesto 21 y los pasillos de la facultad.**

Seudónimo: "Mibea".

*Cuando me anoté para rendir el ingreso a Kinesiología y Fisioterapia, la verdad es que no me tenía fe ni un poquito. Fui más por curiosidad y por la experiencia que por una certeza real de que iba a entrar. Ese primer día, mientras caminaba hacia la facultad, veía a otros chicos salir de los cursillos preparatorios con carpetas gruesas, subrayadores de colores y hablando entre ellos de lo difícil que había estado la prueba. Yo, en cambio, llevaba mi mochila liviana, sin apuntes acumulados y con la sensación de que iba a quedar muy por debajo. No era por falta de ganas, sino por una honestidad un poco cruda conmigo misma: no me había preparado con la intensidad que exige esta carrera. Cuando me senté a rendir, lo hice con calma, respondiendo lo que sabía y dejando en blanco lo que no. Al terminar, suspiré y me fui sin expectativas. Cuando salieron los resultados parciales, vi mi puntaje y pensé: "No está mal, pero ¿será suficiente?". La duda se instaló rápido, sobre todo porque el sistema de ingreso funciona por acumulación de puntos entre dos exámenes, y yo sabía que la competencia era fuerte.*

*Para el segundo examen, mi mentalidad ya era otra, pero en un sentido mucho más sano. Me levanté con la idea clara: si ingresaba, sería genial; si no, también estaría bien. Sin dramas, sin presión innecesaria. Ese día llegamos temprano a la Facultad de Sajonia, con el aire fresco de la mañana y esa mezcla de nervios y tranquilidad que a veces te protege de colapsar. Rendimos todo con calma y, a la media hora, ya teníamos el puntaje de la segunda prueba en mano. Hice la suma mental con el del primer examen y, honestamente, no me fue tan mal. Pero cuando saqué el celular para revisar los puntajes de corte del año pasado, el ánimo se me cayó en picada. Vi que personas con notas similares a la mía no habían logrado ingresar, y en ese momento, mi mente ya había tomado la decisión: "No voy a quedar".*

*Nos pidieron que esperáramos dos horas en el mismo predio hasta que comunicaran oficialmente a los cuarenta nuevos ingresantes. Esas dos horas se sintieron como un día entero. El aire estaba cargado de susurros, miradas cruzadas, familias abrazadas, otros revisando el teléfono cada cinco minutos. Yo estaba con mis papás, intentando mantener la compostura, pero por dentro ya me había resignado. Trataba de hablar de cosas triviales para distraerme, miraba el techo, contaba las sillas, respiraba hondo. En medio de esa ansiedad colectiva, yo había soltado la esperanza. Y tenía sentido, ¿no? Si el año pasado no alcanzaba, ¿por qué este año sí?*

*Llegó la hora y los profesores subieron al estrado con la lista definitiva. Empezaron a leer los puestos en voz alta, primero del uno al diez. Cada nombre era un suspiro, un abrazo, un salto de alegría. Luego continuaron del once al veinte. Yo ya miraba al suelo, escuchando de lejos, preparándome para decir "bueno, al menos lo intenté". Pero de repente, sin previo aviso, una voz clara cortó el aire: "Puesto veintiuno: B...A...M...M". Me quedé paralizada. El tiempo se detuvo. Volteé lentamente hacia mis padres, con los ojos abiertos de par en par, y les dije, casi en un hilo de voz: "Dijeron mi nombre". No lo podía creer. Era como si alguien me hubiera dicho que gané un viaje a otro planeta. Como la lista seguía y no queríamos hacer ruido ni interrumpir, nos alejamos*

*despacio, caminando en silencio hasta donde estaba el auto de mi papá. Ahí, ya sentados, la realidad me cayó como un balde de agua fría: había ingresado. En cuestión de segundos, el silencio se rompió. Mi mamá me abrazó con una fuerza que casi me deja sin aire, mi viejo tenía los ojos brillantes y no podía dejar de sonreír, y yo... yo seguía en shock, riendo y llorando a la vez. Llamamos a mis hermanos y a mis abuelas, que estaban en casa, y entre felicitaciones entrecortadas, risas nerviosas y lágrimas que no paraban de caer, ese día se convirtió en pura felicidad.*

*Con esa alegría todavía fresca, llegó la semana de introducción. El primer día, sorprendentemente, no me perdí. Llegué puntual al auditorio, tomé asiento, saqué mi libreta y hasta me sentí dueña de la situación. Pero la facultad, al parecer, tenía su propia forma de probar mi humildad. Al segundo día me tocaba ir al Hospital de Clínicas de San Lorenzo, y ahí empezó mi verdadera odisea. Pasillos idénticos, puertas que parecían copias unas de otras, carteles que no ayudaban, gente caminando con prisa mientras yo daba vueltas en círculos, preguntando a estudiantes mayores, cruzando escaleras, volviendo a preguntar. Cuando por fin encontré el aula, la clase ya había comenzado. Entré con la cara roja, sudada, pidiendo perdón en silencio, y me senté en el primer lugar libre. Pero fue ahí, en ese momento de vergüenza, donde entendí algo importante: perderse no es fracasar. Es parte de aprender a moverse en un espacio nuevo, de reconocer que no se sabe todo desde el día uno. Con los días, los pasillos dejaron de ser un laberinto. Ya sé qué escalera tomar, en qué piso doblar.*

*Ahora ya me ubico bien, y eso, por pequeño que parezca, es un logro.*

*Y así, entre clases, lecturas y evaluaciones, seguimos pedaleando. No voy a mentir: la carrera es pesada. Muy diferente al colegio, donde los profes te marcaban el ritmo, te recordaban las fechas y te llevaban casi de la mano. Acá te dan el programa, te dicen "nos vemos la próxima" y tú decides cómo organizarte, cómo priorizar, cómo no ahogarte en la información. Algunas materias pisan fuerte desde el primer día. Anatomía y Bioquímica, por ejemplo, no perdonan distraimientos. Son volúmenes de conceptos, de nombres que suenan a otro idioma, de procesos que se entrelazan y exigen paciencia. Hay semanas en las que siento que no avanzo, que el ritmo me gana, que me quedo mirando un esquema muscular sin entender nada. Pero también hay noches en las que, después de repasar, dibujar, fallar y volver a intentar, de pronto todo encaja. Un concepto explica el otro, y por fin respiras. Ahí está la pequeña victoria.*

*Hoy, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que no necesitaba tener fe desde el principio. Solo necesitaba atreverme a rendir, aunque fuera sin expectativas. Me equivoqué de pasillo, llegué tarde, me agobié con los temas, dudé de mi puntaje... pero también aprendí a pedir ayuda, a perdonarme cuando algo no entra a la primera, y a celebrar, aunque sea haber entendido un solo párrafo. Sigo aquí, pedaleando, a veces con más fuerza, a veces casi sin aliento, pero sin soltar el manubrio. Aunque a veces cueste, vale cada paso, cada duda, cada lágrima y cada logro. La facultad no te recibe con las puertas abiertas de par en par; te las abre a medida que avanzas. Y yo, por primera vez, estoy dispuesta a caminar por ella.*

-Vivencia 08-

**EXAMEN DE INGRESO.**

Seudónimo: "Night note"

*Mi anécdota se basa en mi experiencia "alocada" o, más bien, desconocida respecto al examen de ingreso. Deben tener en cuenta que desconocía totalmente el proceso de admisión, incluyendo desde la preinscripción hasta el bautismo. Solo pude orientarme mediante la página web de la FCM que me había proporcionado una amiga de otra facultad de la UNA, específicamente de FILO.*

*Luego de superar con éxito la etapa de la inscripción, llegó el ansiado momento del examen de ingreso. Me presenté puntualmente el miércoles 4 de marzo a las 09:00 a. m. por temor a quedar fuera; un dato no menor sobre mi ignorancia respecto a este proceso es que nunca había acudido a un cursillo de ingreso, por lo que no tenía ni idea de lo que se avecinaba.*

*El primer examen me fue mejor de lo esperado y, cuando me dispuse a salir del recinto académico tras corroborar mis respuestas, me percaté de la fila de jóvenes que había en la única entrada y salida del lugar coreando a viva voz: "¡Bicho, bicho, bicho!". Yo, totalmente ajena a la situación, intenté buscar otra salida pensando que la persona a quien aclamaban era otra que estaba por venir. Al calcular mis opciones y sin encontrar alternativa, decidí que tenía que abrirme paso entre ellos; se imaginarán mi asombro cuando me llenaron de espuma y me bañaron en líquido.*

*Ahí caí en la cuenta de que ese "¡bicho!" jera yo!*

*Podría incluso decir que quedé brevemente pasmada en medio del festejo y mi primer pensamiento fue: "Ni siquiera ingresé, pero gracias por los ánimos". Mi madre (una santa en mi vida) vino hacia mí riendo de mi baño de espuma público; me dijo que intentó advertirme, pero que evidentemente no lo logró, ya que yo, en mi afán por buscar la salida, no prestaba atención a nada más.*

*Riendo de la experiencia recientemente vivida, comentamos vivazmente lo ocurrido, ya que esto era una práctica que nosotras desconocíamos. Más tarde me enteré de que esto es una tradición común en la bienvenida a los "bichos" y que incluso se presenta en todas las facultades.*

*Hasta el día de hoy pienso que mi amiga de FILO era consciente de todo esto y decidió que necesitaba tener un factor sorpresa en mi vida. De igual forma, es solo una hipótesis mía, pero espero algún día confirmarlo.*

*Espero con ansias el futuro en el cual sea yo una de las personas que aclamen a los "bichos" y, por así decirlo, pueda pasar la antorcha a la nueva generación.*

*¿El bautismo oficial? Esa es otra historia.*

**-Vivencia 09-**

*Esta historia fue escrita para una persona que pasaba una situación académica adversa similar al personaje principal, pero en la historia enfocado al área del deporte, un año después me di cuenta que esa historia no iba ser dirigido para esa persona que pensaba, sino que iba para mi yo del futuro y como el ave fénix siempre se puede renacer de las cenizas...*

**El ave fénix de Grecia.**

Seudónimo: "Rey Julien".

*En un pequeño pueblo ubicado al sur de Grecia vivía Ever, un niño con grandes ambiciones por cumplir.*

*Ever, un gran aficionado a los deportes, disfrutaba sus tardes con su pasatiempo favorito: el tiro con arco. A medida que fue creciendo, su pasión por este deporte también creció. Desde muy pequeño tenía un gran sueño por cumplir: ganar la medalla de oro en los juegos regionales de su país, una competencia que premiaba a las futuras estrellas del deporte.*

*La competencia tenía un requisito en particular: el límite de edad para participar era de 20 años.*

*Un año antes de los juegos regionales iniciaron las inscripciones. Ever sabía que era su oportunidad para lograr su objetivo antes de cumplir los 20 años y sobrepasar el límite de edad, ya que el próximo evento se realizaría recién en tres años. Tenía claro su objetivo: apuntaba a lo más alto, apuntaba a la medalla de oro.*

*Ever empezó su preparación para la competencia, que sería a final de año. Desde ese día, iba todas las mañanas, bien temprano, al bosque para entrenar.*

*Mantuvo esta rutina durante diez meses, con días malos en los que la ansiedad y la presión daban lugar a pensamientos que recorrían su mente por horas, y con días buenos en los que la ilusión y la esperanza lo hacían sentir invencible. Sin embargo, Ever tenía una dificultad en esta disciplina: los días con mucho viento, ya que complicaban su técnica y su tiro.*

*Un mes antes de la competencia, los participantes fueron convocados a un simulacro del evento. Ever asistió con mucha esperanza, pero lo temido sucedió: el día amaneció con bastante viento, lo que lo preocupó, pues sabía que esa era su debilidad.*

*El simulacro consistía en tres tiros por participante. Una vez concluido su turno, Ever obtuvo un puntaje bajo que lo ubicó en el octavo lugar. Fue una noticia chocante, ya que se encontraba lejos de su objetivo.*

*Días después, continuó preparándose. Sabía que ese resultado era parcial y no oficial, pero la duda comenzó a crecer en su interior, dejando espacio a pensamientos contraproducentes.*

*Ya con un mejor ánimo, llegó el día de la competencia. Con mucha ansiedad y nerviosismo, se presentó en los juegos. Durante el desarrollo de la prueba, en su segundo tiro, una mala técnica*

*lo llevó a fallar y, además, a lesionarse. Había sufrido una pequeña lesión que le impidió ejecutar su último intento.*

*Él lo sabía: todo había terminado. El sueño, el oro, la oportunidad. Estaba destrozado; sentía que le había fallado a su niño interior.*

*Meses después, aún en proceso de recuperación, mientras regresaba del hospital, escuchó en la radio una noticia: el locutor hablaba sobre la promoción de unos juegos a nivel europeo, donde el tiro con arco estaba incluido. Ever sintió que algo dentro de él volvía a nacer. Su sueño crecía de manera gigantesca: ya no se trataba solo de ser el mejor de su país, ahora tenía la oportunidad de ser el mejor de Europa.*

*Los juegos tenían como requisito ser mayor de 20 años y haber participado en una competencia regional. Ever, a días de cumplir los 20 años y ya recuperado, cumplía con todas las condiciones. El sueño seguía ahí, intacto.*

*Retomó su rutina de entrenamiento diario. Las dudas, la presión y la ansiedad seguían presentes, pero eran más fuertes la esperanza y la confianza en sí mismo. A medida que se acercaban los juegos, los nervios y la ilusión crecían a la par.*

*Finalmente, llegó el gran día. Ever realizó sus tres tiros con éxito. Todo el esfuerzo y sacrificio habían valido la pena: lo logró. Alcanzó la medalla de oro y cumplió su sueño. El pequeño Ever se convirtió en el más grande de toda Europa.*

*Muchas veces en la vida pasamos por situaciones similares a las de Ever: momentos en los que sentimos que no hay lugar para el error. Sin embargo, somos humanos y no siempre alcanzamos nuestros objetivos en el primer intento. Cuando fallamos, podemos quedar heridos, con marcas que van más allá del cuerpo. Aun así, debemos aprender a levantarnos y seguir adelante.*